

# La princesa dormida

Rafael Alcides

**L**A REPÚBLICA HAS DICHO, JESÚS. EN PRINCIPIO, ACLAREMOS el término.

Para algunos, yo entre ellos, la República cubana es ese convulso período histórico que abarca desde el 20 de mayo de 1902 hasta el 10 de marzo de 1952. Dos momentos singulares de una tragedia fabulosa. En el primero, la bandera cubana, después de cuatrocientos años de dominación española, es izada por primera vez fuera del territorio insurrecto por hombres de levita y cara triste que durante treinta años han vivido para este momento. En el segundo, la República, después de cincuenta años de existencia, hará de esto ahora cincuenta años, desaparece, es secuestrada o se quedó dormida una madrugada sin que haya vuelto a aparecer o a despertar aún. Amante de los cuentos de hadas, yo preferiría creer esto último porque entonces, si por algún extraño sortilegio la República solamente se quedó dormida, pudiera algún día despertar.

Sea como fuere, pienso que fue una República que como las cajas chinas contenía varias Repúblicas, una lectura que tenía muchas lecturas. Eso era tan evidente que ya en mis tiempos de muchacho, cuando yo tenía doce, trece años, estoy hablando de los años '45, '46, en Bayamo los Boy Scouts de mi tropa aventuraban interesantes opiniones al respecto. Dos o tres que años más tarde morirían en la Sierra Maestra y otro que murió en la calle disparándole a la policía, negaban que la primera parte o primer período de aquel andamiaje institucional aparecido el 20 de mayo, no obstante las levitas engañosas, el Himno y la bandera, fuera una República, sin que logran sin embargo precisar qué había sido. Otros más sutiles, que de todo había en mi tropa bayamesa, insinuaban que se trató de un gran acto de imaginación del Departamento de Estado Norteamericano. Y otros, apasionados devotos de Washington por esos tiempos que luego se harían marxistas y llegaron a dirigir, demostrando que su futura filosofía de gobierno era cuestión de vocación, quisieron ver en ese experimento un equivocado pero noble ensayo con título de República para irnos enseñando a ser libres, cosa ésta,

decían, floridos, doctos, persuasivos, que requiere un prolongado ejercicio y la mano de un tutor experimentado no exento de severidad. Pero todos, todos mis compañeros scouts coincidían, de eso me acuerdo, dicho sea entre paréntesis, porque era un tema de conversación inevitable, algo obligado cuando los lunes por la noche nos reuníamos en el campamento que teníamos en la cárcel vieja, allá por la Guariana, o cuando salíamos de mochila y casa de campaña por las cuevas de Santa Bárbara en nuestras frecuentes exploraciones, coincidíamos, digo, al juzgar esa primera República, en que tampoco hubo elección. Y digo primera República, y antes dije primera parte, primer período, porque ése fue el pensamiento que prosperó entre aquellos jóvenes filósofos cuando uno de estos, muchacho pecoso de grueso espejuelos que luego vendría por Girón, aventuró la idea de dividirla, para su mejor comprensión, en dos partes. Una primera que iría desde el momento en que Washington la inventa hasta el año '33 cuando a la caída de Machado, aventada como una yagua seca por el vendaval de esa hora, desaparece aquella pesada lápida que había sido la Enmienda Platt. Y una segunda parte, la parte que todavía nos incluía en esas noches pensativas de la Cárcel Vieja, que en cierto modo seguiría a la caída de Machado pero que en realidad había empezado a partir de la Constitución del '40.

Veo que por segunda vez he dicho «La caída de Machado» en el transcurso de cuatro líneas. Será porque me gusta la frase, porque me trae recuerdos gratos. Como a los generales de antes uno se los imagina a caballo y yo nací faltando dos meses para que Machado «se cayera», cuando en casa oía a los mayores hablando de la caída de Machado pensaba que el pobre Machado se había caído del caballo, que el caballo lo había tumbado, y eso me apenaba. Un día del '36 lo comenté con mi abuela, yendo a pie de mi Barrancas natal para Julia, poblado que entonces nos quedaba a cuatro kilómetros de distancia, no sé ahora que existen autos y camiones. Y mi abuela, que siempre ponía la verdad por delante, me aclaró que no, me dijo que de donde Machado se había caído era de la silla presidencial. Eso me hizo pensar que la silla presidencial debía de estar muy alta, y ella me aclaró que sí, me dijo que la silla presidencial estaba muy alta, tan alta allá por la luna o más arriba, por Sirio, que con tantas nubes de por medio cuando los presidentes se encaramaban en ella no podían ver lo que acá abajo sucedía.

Esta, Jesús, fue mi primera noción de la República, y la imagen que hoy escogería para ilustrar lo que sigue siendo para mí la República, la República que conservo, que he guardado en mi memoria. No exagero. Como me gusta hablar de lo que sé, de lo que he vivido, te seguiré hablando de esos años en que la vida era experiencia, suceso personal, parlandote de ese tiempo feliz en que siempre había unos brazos alrededor de uno y unas piernas tibias que nos servían de asiento y un regazo y un día de mañana, y nadie había oído hablar todavía de que para saber cosas útiles hubiera que acudir a los libros. Al menos no en Barrancas. Allí en aquel caserío de la sabana donde no pasaban de veinte las casas, bohíos casi todas ellas y muy dispersas excepción hecha de las ocho o diez colocadas en hilera al borde de un camino real, que

fue el grupo donde emergía entre un almendro y una mata de pascuas la de nosotros, la casita de piso de tierra, cobija de guano y tablas de aserrío con portal de zinc donde yo nací. Allí en esa casa vivíamos cuatro personas. Dos niños, yo y mi hermano Rubén, dos años menor, mi abuela y mi abuelo. Sin radio ni cartero ni policía ni nada de eso, era Barrancas un caserío apacible, con una buena escuela de cemento en la carretera de Manzanillo, eternamente sin maestro, y gente de primera siempre dispuesta a cederte la cédula electoral cuando te hiciera falta un ingreso en un hospital. Fuera del pito del aserrío que ya no existe (ni el pito ni el aserrío), un lugar perdido en el silencio. Uno de esos sitios fundados por Dios personalmente donde nunca nadie mató a nadie, no hubo peleas de vecinos y si alguna mujer le pegó los tarros al marido, éste se lo calló discretamente, pero por allí ni escándalos de ese tipo hubo. Hasta los gallos de pelea que criaban Juan Piña y sus hijos eran para echarlos los sábados en la valla de Julia cuando con la zafra del Mabay empezaba la temporada. Tan tranquila era Barrancas que hubiera sido aburrida de no ser porque cuando uno pasa hambre no tiene tiempo de aburrirse pensando en todo lo que podría comer o en lo que comerá un día cuando las cosas cambien. Pues desde pequeño, Jesús, y en contra de lo que los mayores nos enseñen, siempre los hombres de todos los tiempos han vivido en la idea de que un día las cosas cambiarán.

Otras dos cosas que impedían mi aburrimiento y el de mi hermano Rubén, eran los cuentos, absolutamente orales, de mi abuelo. Dos tomos, uno de ellos bien grueso, que contenía sus aventuras en la manigua y un formidable epílogo formado por sus reflexiones políticas sobre la República. El segundo tomo, el más doloroso, cabe en cuatro líneas pero a mí me gusta recrearlo. Es el cuento de las tierras que perdiera. Ciento y tantas caballerías por ahí por Solís y Peralejo que el Gobierno español le confisó cuando él ensilló su caballo y se fue a la guerra y que luego, por haber dejado pasar el tiempo que dieron las nuevas autoridades para inscribirlas en un catastro armado al efecto, ocurrió que un día de los años seis o diez, no recuerdo, aparecieron inscritas a nombre de una firma ganadera norteamericana cuyo abogado, escoltado por la guardia rural y el juez de turno le montó cama, taburetes, espejo, tinajero y demás cachivaches de uso civil en una carreta y lo puso, cercano ya a la ancianidad, en una guardarraya en blanco donde lo mismo le daría al guerrero tomar hacia el este que hacia el poniente. Magnificado el personaje, mitificado con la esperanza de hacer de ese abuelo el Abuelo, el abuelo en general, el abuelo llamado a encarnar el drama de la República burlada, es un desalojo muy real que no ha sido esta de ahora la primera vez que lo menciono. Es en realidad un tema que he manejado muchas veces, así en novelas que permanecen inéditas como en poesía no solo por sus posibilidades ilustrativas, sino para olvidarme del dolor, del insoportable dolor en la pierna desbaratada por las balas españolas de aquel anciano de bastón y machete a la cintura que murió sin que le «arreglaran» su pensión por un detalle insuficiente pero cierto; dolor que todavía hoy, extendiéndose por el muslo hasta la cadera, no sé a cuál de los dos nos ha dolido más, si a él entonces, o a mí todavía, sobre todo

cuando llueve. ¿El detalle? Muy sencillo. Su nombre no «aparecía» en el Escalafón. Por lo que oía decir, una lista o libro que había alcanzado categoría de registro oficial de los mambises, confeccionado con los nombres de quienes cobraron aquella limosna llamada «Paga de los 75» que le repartieron a los veteranos con los dineros de un empréstito gestionado con Washington al desmovilizar el Ejército Libertador. No podía estar su nombre en ese Escalafón tan mentado entonces. Como muchos libertadores, mi abuelo, que ya entonces había aprendido a curarse la pierna con orine todas las mañanas, sacarse la correspondiente astilla de hueso y volverla a entizar para seguir viviendo como si la pierna estuviera sana, no vio con buenos ojos esa desmovilización estando aún el país ocupado por «los americanos», como les decía él a veces cuando le daba por ser benigno. Románticamente declaró: «Un soldado no cobra por defender lo que ama», y partió a tomar posesión de las tierras que antes fueran de su padre y antes de su abuelo y antes de su bisabuelo canario. Pero pasaron los años, llegaron nueva oleadas de la vida real que se ríe de los románticos, y cuando en el treinta y tantos mi madre tuvo que ir a la ciudad emplearse de cocinera, por muchos y muy serios documentos mambises presentados por mi abuela a donde correspondía, acompañados de cuantas cédulas electorales le fueron exigidas, esos papeles de la campaña libertadora no fueron tomados en cuenta o no pudieron hacerlos tomar en cuenta los candidatos que corriendo llegaban a casa, tres y cuatro a veces a la vez, a ofrecerse de mediadores cuando empezaban a acercarse las elecciones.

Ese es otro de mis grandes recuerdos de entonces, Jesús, y si me lo permites, mi primera escuela política pasada con notas de 100. Como no fue un caso único y como en Bayamo, por donde empezara la lucha por la Independencia en 1868, casi todos los abuelos de nosotros los de entonces estuvieron en la guerra, no han de extrañar, a nadie podrían extrañarle aquellas avanzadas conversaciones que solíamos tener los muchachos que nos reuníamos los lunes por la noche en la Cárcel Vieja a marchar y a aprender a hacer nudos y señales por bandera y a planificar el día de mañana, más allá de las nuevas excursiones de fines de semana y de los desenterramientos arqueológicos probables. Eran, en definitiva, las conversaciones, los juicios, la herencia ideológica adquirida de boca de nuestros mayores. Para mi abuelo, como podrás imaginarte, aquella primera República del '2 no pasó de ser una finca. La finca donde Washington, esa Roma moderna, como lo oí llamarla más de una vez, podía hacer desembarcar sus legiones cuando le diera la gana y cuantas veces le diera la gana al amparo de aquel célebre apéndice constitucional llamado Enmienda Platt que para dejarnos izar la bandera el 20 de mayo nos fijó «el muy cabrón» (palabras textuales) como un rabo o una maldición que no se borrara. «¡Qué digo podía!», decía él. «¡Que lo hacía!» Una vez por tres años, del '6 al '9, y luego en el '17 si no mandó desembarcar, sacó sus tropas de las carboneras de Guantánamo, en el extremo oriental de Cuba, las hizo llegar hasta el Camagüey con el fin de asustar a los alzados de la Chambelona, que en efecto se asustaron, ¡y mucho!, al saber que Washington no los reconocería; así

que regresaron a sus casas pacíficamente como buenos muchachos que tuvieran un mal momento pero que han prometido portarse bien. Esto, le estoy oyendo insistir, en el '17, mientras en Europa se mataba la gente en la Primera Guerra Mundial. «Cuestiones políticas también, pero aquí más entretenidas», precisaba con una cara de picardía que tendrías que habérsela visto. Imagínatelo con ganas de fumar y sin un tabaco a mano, de observador y relator de esa República de alzamientos y sorprendivos lechones asados entre antiguos enemigos políticos que un día suscribieron alucinantes pactos donde liberales y conservadores se dividieron y un ala de los temibles conservadores de ayer fue a aliarse con los odiados liberales y otra ala de los odiados conservadores corrió a aliarse con los temibles liberales. Recuerdo que al recordar ese episodio donde el presidente conservador había decidido la elección del candidato presidencial liberal, mencionó entre otras atracciones de temprano renombre en la vida de la República el número espectacular donde el viejo patricio aspirante a reelegirse presidente solicita a Washington el envío urgente de tropas que legalicen su «brava» electoral, y el numerito no menos sensacional donde igual solicitud es formulada por el candidato derrotado, o sea el mayor general que ya ha sido presidente en otro tiempo y aspiraba ahora frente al también mayor general que acaba de hacerse reelegir para un nuevo período presidencial. Y como culminación de esto, decía en esos anocheceres del portal, prendiendo otra vez su cabo de tabaco y volviéndolo a apagar de modo de fumando y apagando poder encenderlo todavía por la mañana, como culminación de todo esto, subrayaba, había al respecto noticias, en período electorales sucesivos, de sendas comisiones de cubanos eminentes cuyos nombres daría hoy pena mencionarlos partiendo hacia Washington de mucho sombrero hongo, bastón y bigote engomado a solicitar la cancelación de los comicios presidenciales, tropas para hacerlos de nuevo a la mayor brevedad y un enviado del State Department para supervisarlos. Eran cosas que le dolían, aunque él las disimulaba riendo o aparentando que las contaba por entretenernos. Nunca lo olvidaré cuando un atardecer de Nochebuena, mirando el fogón apagado, se le salió todo lo que llevaba adentro y bramó, más que decir, sin que viniera al caso, como si estuviera regañando a Dios:

—¡Antaño generales, carajo, que un día resistieran soles, lluvias, plomo y el hambre de la larga campaña en la manigua sin padecer ni un catarro, y vinieron sucumbir como mujeres de la vida, como cairoas, frente a las tentaciones del poder.

Fue la Nochebuena en que alguien que pasó a caballo al anochecer dejó en casa una foto del doctor Grau a quien en Barrancas le rezaban y le prendían velas. De las dos esperanza que existían en esos años, a algunos Grau le parecía la más segura. Pues en Barrancas, al menos en la parte de la sabana, nadie tenía tierras donde sembrar una mata de maíz siquiera, allí la gente vivía de la zafra, de cuando rompía la zafra en el Mabay. Eso duraba tres meses, el resto era tiempo muerto, y en casa donde no teníamos quién cortara cañas, todo el año era tiempo muerto, pues mi madre seguía cocinando en

Bayamo en casa de un tintorero que le pagaba tres pesos mensuales. En todo caso, no era para desesperarse. Cuando Grau saliera presidente nos sacaría a todos de la pobreza. En el caso de nosotros, arreglándonos la pensión. Así que pronto, en cuestión de meses, mi madre volvería a casa a cuidar de sus ancianos padres y a darnos cariños a sus dos pequeños hijos de siete y cinco años que apenas la conocíamos.

Mas Grau no salió todavía en ese año '40. Batista le dio la mala y no salió. ¡Grau!, como llenándome la boca suelo todavía decir en casa al recordar esos años en que más que un apellido Grau parecía ser el nombre de un elixir infalible, de una medicina bajada de los cielos. Y con razón. Por lo que oía, fue este hombre mágico, también llamado por la prensa Maestro, y aun Mesías, el viril presidente que durante su gobierno de los cien días que siguió la caída de Machado (ciento veintisiete días para ser exacto) le dio el voto a la mujer, aprobó la jornada de ocho horas de trabajo y «se le paró bonito a esos salaos», como decía a veces mi abuelo para no tener que decir «los americanos», al extremo de que esos salaos no le reconocieron su gobierno y tuvo el Mesías que abandonar Palacio. Pero ahora, decía, todavía Grau no salió. De manera que hubo que quedarse a depender por el momento de la otra esperanza local: que un muerto nos diera una botijuela enterrada cuando la guerra grande, la guerra de los diez años cuando tanto hacendado al irse al monte con sus esclavos a luchar contra España enterró su capital en luises, centenes, onzas de oro. O mejor, en nuestro caso, quedarse a soñar con encontrar la botijuela a flor de tierra o que el muerto que no las diera nos diera además el valor para sacarla, pues cuando a mi abuela un atardecer se la dieron durante una revelación le faltó el valor para sacarla, y a mi abuelo que le sobraba el valor para sacarla nunca se la dieron y cuando un día agarró un pico y una barreta y un cubo y empezó a escarbar solo encontró moscas verdes saliendo del suelo y fiebres de 40, tanta fiebre que cada vez que en esos años, deseoso de ver encenderse el fogón, volvió mi anciano a escarbar tuvo que abandonar el hueco. Las moscas y la fiebre no lo dejaron. Es un episodio del que también he hablado. Puedes leerlo en la solapa de mi libro *La pata de Palo*, aparecido en el '67.

Este Batista que al darle la mala electoral al doctor Grau en el '40 nos vedaba el día de la felicidad, era, contaba papá, es decir mi abuelo, aquel sargento, Fulgencio de nombre, que nos dejaran los americanos al irse llevándose los acorazados que trajeran para frustrar la Revolución que llevaría al inculcado doctor Grau al poder en esos días del '33. Un sujeto aindiado el Batista, medio mulato de buen pelo, o de pelo bueno como decían entonces, que fue peón agrícola y retranquero de trenes en un central, pero que resultará luego tan fiel, tan leal, tan eficaz guardajurado de los intereses de esos salaos como sus predecesores en el poder. Enseguida ascendido a coronel y en estos días del '40 de los cuentos de mi abuelo ya mayor general sin haber visto ni de lejos una batalla, quitó y puso presidentes desde que se adueñó de los cuarteles, mató, robó igual que los gobernantes anteriores, y como éstos, en cuanto a huelgas no fue menos intolerante. Si halló en los cuarteles, legitimado

por la tradición, el plan de machete administrado por la Guardia Rural, tan de moda en su tiempo, le cabía en cambio el invento del palmacristi como jarabe para el opositor deslenguado. Esa fue una aportación muy suya. Como sus predecesores de los tiempos de la Enmienda Platt, también él careció al gobernar de opiniones propias.

A pesar de esto, porque la vida es así, cuando en el año '40 con el surgimiento de una Carta Magna que algunos sitúan como la más avanzada de su tiempo queda consagrado el estado libre y soberano que permitirá hablar por primera vez en nuestro país de una República probable, es él, Batista, el hombre que está en el poder. No ha propiciado él ese nuevo estado que tan contentos nos hace sentir. No. Ese sueño dorado que nos aproxima al sueño de José Martí deberá acreditarse a la acción renovadora de una generación surgida a principios de los años veinte en medio de las fechorías de tanto carcamal empeñado en cubrir de fango sus brillantes historiales de otro tiempo. Y a la coyuntura internacional. Son los años de la guerra contra el Eje. No olvidarlo. De manera que esta circunstancia, que en busca de una necesaria coalición política contra el enemigo común lleva a Washington a encargarle al gobierno cubano legalizar al partido comunista, dará por resultado en calles, periódicos y cafés tal y tan diverso flujo de ideas que a veces, ciertos días, en ciertos momentos, permitió entrever, tener una idea de la democracia, sin que faltara por eso, desde luego, que la apariencia de un Batista de civil no quitaba lo militar de su gobierno, el inevitable plan de machete llegado el momento, o el buen litro de palmacristi sabiamente administrado a algún lengüisuelto sacado a medianoche de su casa o sorprendido en la calle. Pero permitió tener una idea. Cuando saliera Grau de la idea presentida pasaríamos a tener la democracia concreta, y con ella, por consiguiente la República total. La soñadita República de José Martí *con todos y para el bien de todos*, como él la proclamara. ¡La República, Jesús, que aún está por hacer!

Y en efecto, hubo democracia con Grau en el '44. Lo que no hubo fue consideración para los que en Barrancas le encendieron velas y le rezaron. Recuerdo haber oído una mañana en la radio de una bodega, teniendo yo once años y él recién electo, un ¡flash! ¡último minuto!, según el cual en horas de la madrugada de ese propio día había desaparecido el diamante del Capitolio que marcaba el kilómetro cero de la Carretera Central. Después empezaron a acumularse las desapariciones de créditos o presupuestos para la construcción de carreteras, de acueductos, de hospitales, de calles, y entre las apariciones ingeniosas estuvo la del desayuno escolar invisible. Eduardo Chibás, que había sido uno de los discípulos del mítico profesor de medicina y era ahora el santo de turno al que le encendían velas, no dejó desaparición sin denunciar. Aunque algunos sostienen, y yo estaría por creerlo, que Grau personalmente no desapareció ni un centavo, cabe recordar que en épocas de su discípulo favorito y sucesor el doctor Carlos Prío Socarrás, uno de los valientes jóvenes que protagonizaron la revolución del '30 que derribaría a Machado, le fue radicada una causa por malversación de bienes, causa, por cierto, que también terminaría desapareciendo sustraída por desconocidos

que penetraron a medianoche en un juzgado y que pudieron ser gente bohemía, borrachos en busca diversión a la salida de un prostíbulo. Por lo que me parece, pues estoy escribiendo de memoria como habría dicho el poeta Raúl Rivero, desaparecieron, se esfumaron en ese período ochocientos millones de pesos, moneda que como recordarás, Jesús, tenía en la Cuba de entonces paridad con el dólar. Pero él, Grau, la esperanza de otro día, aquel solterón empedernido de hábitos frugales, fuera de dejarse hacer una señora mansión en la Quinta. Avenida de Miramar con materiales de deshecho del Ministerio de Obras Públicas, muy probablemente salió con las manos blancas de esas desapariciones. Es verdad que las toleró, y aun las aplaudió, pero solo cuando detrás de ellas percibió talento, el ingenio auténtico que tanto admirara. Es famoso que rió toda una mañana cuando leyó en los periódicos que uno de sus ministros, hombre que era acusado de haberse adueñado de doscientos millones de pesos, al ser abordado la víspera en un aeropuerto por un periodista que le preguntó cómo en tan poco tiempo en su cargo había podido llevarse tanto dinero, sincero y ágil de mente contestó el ministro sin inmutarse mientras seguía de largo: «En maletas». Tampoco su sucesor en la presidencia, el apuesto e igualmente divertido doctor Prío, fue avaro en ese asunto de las desapariciones. Cierta vez un ministro suyo y persona muy cercana, en ese momento ministro de Hacienda, anunció haber sacado de la circulación para incinerarlos ocho millones de pesos en billetes deteriorados por el uso, y en vez de quemarlos se los llevó para su casa para consolarlos en privado, los pobrecitos.

Fueron esos años auténticos, del '44 al 10 de marzo del '52, años de una República a la que uno hoy podrá ponerle todos los «peros» que quiera, pero si vamos a ser justos una República no muy desemejante a muchas de ahora mismo en América Latina. Pandillerismo en las calles, bonche universitario, amiguismo, nepotismo, desapariciones minuciosas y continuadas de fondos públicos, pero había, teníamos una República, había una democracia. Es verdad que ya al subir Prío a la Presidencia no podían los comunistas seguir haciendo lo que les diera la gana. Eso es verdad. No podían hablar, no podían escribir, no podían manifestarse en público. Pero tampoco podían hacerlo en Estados Unidos donde batuta en mano estaba McCarthy en el Congreso dirigiendo los compases de la democracia. Aun así, fueron creados nuevos organismos como el Tribunal de Cuentas que si bien no sirvió para nada constituyó un importante paso de adelanto en la lucha por el control de la honestidad administrativa. Y excepto el periódico *Hoy* y la emisora Mil Diez, ambos propiedad de los comunistas, y por las excusables razones que quedaron dichas, todos los demás medios de comunicación del país, ahora aumentados por la recién aparecida televisión, siguieron gozando de libertad para decir cuanto quisieran. Recuerdo a Eduardo Chibás en su programa dominical de la emisora CMQ, el espacio más escuchado del país, llamando «ladrón» al presidente Prío, diciéndole «bandido», «traidor», sin que nadie lo arrestara. En ese aspecto, tanto con Prío como antes con Grau, gozó el enemigo político de las mismas seguridades que han disfrutado los representantes del actual Gobierno de

nuestro país cuando al viajar a Estados Unidos expresan libremente sus ideas políticas en la televisión, en los periódicos, en la radio, en los diversos en mítines y homenajes en que participan, sin que el FBI los baje de la tribuna ni los saque esposados del hotel ni antes les haya dicho con quiénes podían o no entrevistarse en el país. Claro que no basta tener eso para que pueda uno llenarse la boca diciendo tenemos una democracia. Pero fueron libertades que entonces tuvimos todo el tiempo durante ocho años y que por no haberlas tenido antes ni después a la gente de antes le parece hoy que duraron un siglo. Y como con la terminación de la guerra los precios del azúcar subieron, corrió además el dinero para comprar el pan que tampoco determina que pueda decirse tenemos una democracia pero que ayuda a sustituirla. A mi abuelo no le arreglaron la pensión, pero en Barrancas, menos los gallos de Juan Piña que ahora murieron en mayores cantidades hasta en sábados fuera de temporada, todo el mundo vivió mejor. Por lo demás, Eduardo Chibás había creado un estado de conciencia nacional que bajo el lema de «Vergüenza contra dinero» y con una escoba como símbolo tenía por meta adecentar la vida administrativa del país, de manera de consolidar la democracia y con ella la República emergida de la Carta Magna del '40. El tiro en el vientre que sorpresivamente se diera el Adalid del Decoro una noche de agosto del '51 en su espacio dominical al no poder sostener por infundada una acusación que había lanzado sobre un enemigo político semanas atrás y que nos costaría la vida, a él entonces y a nosotros después, le abrió a Batista las puertas, le dejó a Batista abiertas las puertas para el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Y aquí entras tú en esta historia, Jesús, porque aquí terminó la breve República cubana que nadie en este país querría ver repetida ni en sueños y que dio lugar a lo que vino después, pues estábamos cansados, ¿verdad, Jesús?, cansados de fraudes electorales, cansados de procónsules escribiendo en parte los discursos del muy Honorable Señor Presidente de la República, y cansados de los políticos y de los burgueses y de vivir escarbando en busca de botijas, ¡coño!, como temprano les enseñé a mis hijas Josefina y Gitana que ahora tienen cuarenta años, y luego a mi hijo Rubén Alcides que hoy tiene veinticuatro años y vive en Puerto Rico donde pinta unas atardeceres de éxtasis que parecen transcurrir en la eternidad, y como ahora mismo le estoy enseñando con mucho empeño a mi hijo más joven, a Rafael, que tiene ocho años, con el encargo de que él y sus hermanos, añadido lo que les toque, trasladen a sus hijos y estos a sus hijos y así sucesivamente esta fiel historia empezada en los años de las primeras guerras cubanas por la libertad, de manera que no muera jamás en casa el método de salvación familiar introducido por mi abuelo, ya que quien olvida de donde viene, tampoco sabrá adonde va. Mas, de modo de no ser injusto, de modo que todo sea con la verdad por delante como me enseñó mi abuela, siempre haciéndoles a mis muchachos la salvedad de que si en lo político fue la República una caja china, también lo había sido en lo personal. Hubo tantas Repúblicas, les digo, como ciudadanos, y esa de la botija fue la mía, la que a mí me tocó. La República idealizada por algunos pero que en mi caso, además de lo referido y lo que por decencia me

callo, cuando a partir del '52 viví en La Habana, sin familia aquí y sin encontrar trabajo, me llevó a cada rato a vivir alimentándome de mi mismo. Períodos hubo en que sin haber dejado transcurrir ni dos semanas de la venta anterior de sangre, tuve que volver a presentarme con mi brazo extendido delante del médico del hospital «General Calixto García» que simulando no haber identificado la huella del agujazo reciente me decía delante de su ayudante con cara de yo no fui, como si jamás me hubiera visto: «Esto parece la picada de un mosquito». Y salvada de este modo su responsabilidad ante mi silencio cómplice, acucioso empezaba el buen doctor a sacarme el medio litro de sangre que luego vendería en veinticinco pesos pero por el que a mi me pagaba cinco que descontada la comisión del intermediario, del corredor, me dejaba para comer, sacar ropas del tren de chinos y pagar camas atrasadas en los hoteles de hombres solos, como he contado en *Agradecido como un perro*<sup>1</sup>, cuatro pesos cincuenta centavos. ¿Cómo en un mundo así iba uno a darse cuenta de la cárcel en que nos metíamos cuando hicimos lo que hicimos creyendo que ése era el modo de defender lo que habíamos obtenido y lo que estaba (y sigue estando) por obtener? No a todos, repito, nos tocó la misma República, pero los más la sufrimos por igual. Y esos son los que cuentan, tanto para la reconstrucción como para el Apocalipsis. Los más. Por lo demás, no me siento culpable. Culpo a los burgueses, culpo a los malos y torpes gobiernos norteamericanos de entonces y de ahora, culpo a la ONU, a los políticos que nos tocaron y hasta a la Iglesia culpo, a la prensa, al poder Judicial, a la Liga de la Decencia, al Club de Leones, culpo a todos los que de un modo u otro contribuyeron a sepultar la República en la aciaga madrugada del 10 de marzo de 1952 no obstante las elecciones fraudulentas con que por dos ocasiones pretendería el antiguo sargento Batista prolongarla, crear la imagen de que a pesar de él aún existía, de que a pesar de él seguía en pie la República. Pues hasta aquellos antaños muchachos de los lunes por la noche en la Cárcel Vieja, de los cuales hoy me siento el bisabuelo cuando me vuelvo a ver entre ellos y en cuyo recuerdo tal vez te he contado este cuento, Jesús, hasta aquellos muchachos sabíamos que donde hay dictadura no hay, no puede haber democracia; que democracia es todo lo contrario de dictadura; luego entonces, si no había democracia, me digo, ¿cómo pudo ponerse a decir ese señor que aquí existía una República?

Ahora que van a cumplirse cincuenta años de tan trágico mutis, se me ocurre, por si fuera cierto que no murió la República en esa madrugada aciaga, que solamente se quedó dormida como la princesa del cuento, podría pensarse sin ser un cabalista consumado, sobre todo quienes gustan de los *remake* y las intertextualidades (y aun duplicaciones) tan frecuentes entre realidad y ficción en este mundo donde tanto prodigio suele ocurrir, se me ocurre que aprovechando lo redondo del nuevo aniversario, sería ocasión propicia para hacerla despertar. Cierto que en la versión original tarda ese final feliz cien

<sup>1</sup> Edic. Letras Cubanas, 1983.

años. Un siglo. Pero de un lado eso sería demasiado tiempo aun suponiendo que exista el cuerpo que lo resistiera, y del otro, si el príncipe en camino es gentil y aprendió a sumar correctamente, a sumar con la perspicacia que cabe imaginarle a tan alto exponente de la Casa Real, hallará que sumada ambas mitades de siglo, la vivida por la República y la transcurrida desde entonces, completarían los cien años de castigo con que deshizo el hada buena que aguardaba detrás de la cortina el sortilegio del hada mala. Eso sí, que en esta nueva filmación, enmendándole la plana al hada buena, despierte Su Alteza a nuestra sufrida muchacha no en el día de ayer sino en el de mañana, Jesús. En el día de la República que vamos a hacer.



**Los presidentes Gómez de Cuba**

Massaguer